

A la autoridad toca fijar de una manera decidida su atención en este asunto, porque interesa al porvenir de la República.

México, Mayo 1.º de 1870.

Las considerables y formidables montañas que como el salto del Neceax, aquellas que por sus montañas, en donde la multitud de peñascos penchados de las frondosas copas de los árboles oponen grandes obstáculos al paso del atrevido viajero; aquellas aves que con su ruidoso canto...

IMPRESIONES DE UN VIAJE

LA SIERRA DE HUAUCHINANGO.

A MI QUERIDO AMIGO IGNACIO M. ALTAMIRANO.

Existen en la República Mexicana lugares muy notables y dignos de un estudio especial, ya sea que se les considere como sitios en donde la naturaleza se manifiesta pródiga y rica, ya sea que se les estudie con respecto á la importancia de la población que contienen. Uno de esos lugares es, sin duda, la parte N. del Estado de Puebla, ocupado por la Sierra de Huauchinango. Aquellas montañas elevadas y cubiertas de una exuberante vegetación; aquellos rios que en tiempo de crecientes corren con impetuosidad, ora abriéndose paso por entre los riscos que se han despe-



ñado de las montañas, ora precipitándose de alturas considerables y formando bellas cascadas como el salto del Necaxa; aquellos bosques enmarañados, en donde la multitud de bejucos pendientes de las frondosas copas de los árboles oponen grandes obstáculos al paso del atrevido viajero; aquellas aves que con su armonioso canto ahuyentan la tristeza que las soledades infunden; y en fin, aquellas risueñas aldeas, habitadas por indígenas oriundos de la verdadera raza azteca, todo convida á la meditacion en tan pintorescos sitios.

Comienza la Sierra de Huauchinango á ocho ó diez kilómetros al N. E. de Tulancingo (Estado de Hidalgo); desde ese punto el camino, atravesando por una serie de eminencias de suaves pendientes, conduce al pueblo de Acaxochitlan (cañaveral florido). Las poblaciones desde este lugar adquieren ese aspecto nuevo, ese carácter peculiar á todas las demás de la Sierra, así por su situacion como por la forma y orden de su caserío. Situadas en un terreno accidentado, las casas se hallan edificadas con irregularidad; y á causa de las nevadas, que son tan frecuentes en el invierno, los techos inclinados que las cubren son muy elevados. La vegetacion que en todo y por todas partes se manifiesta, hace desaparecer el feo y triste aspecto que en lo general presen-

tan los otros pueblos indígenas que no gozan de iguales favores de la naturaleza. De Acaxochitlan el camino se dirige á Huauchinango, atravesando terrenos sucesivamente mas accidentados, los cuales ofrecen siempre al viajero objetos dignos de admiracion.

Huauchinango, que segun algunos viene de la palabra Houachinamil (Casa de caña de amilpa) y segun otros de Cuatchinamil (Palo para flechas), puede considerarse como un inmenso ramillete de flores, pues abundan tantas en aquel bello recinto, que el verde follaje de los arbustos y plantas desaparece casi por completo, bajo sus matices y colores. Situada como las demás poblaciones de la Sierra en terrenos fragosos, sus calles ó avenidas no se encuentran en un mismo plano. La parte principal de la poblacion ocupa la más baja del suelo; en tanto que la avenida de las carreras, formada por dos hileras de casas y jardines, descuella en la superior. Desde esta avenida se ve, por una parte, la poblacion con su caserío de techos elevados, sus calles y jardines; y por la otra, una tan profunda barranca, que la vista apenas puede penetrar al fondo. Esta poblacion, que tanto sufrió en la última guerra extranjera, se halla rodeada de ásperas y elevadas montañas, á las que domina por la parte S. E., la cumbre del Zempoala.



Desde Huauchinango el camino descende hacia el río Necaxa, que más adelante forma el Tecolutla. Las montañas que á uno y otro lado del camino se encuentran, y la vigorosa vegetación, encubren los objetos distantes: la impetuosa corriente de las aguas, produce un ruido monótono, que á veces se aleja y á veces se escucha más cercano, segun es la fuerza y dirección de las brisas: solamente esos ecos armoniosos de las selvas anuncian la proximidad de algun torrente. El viajero no descubre el río de Necaxa sino hasta el momento casi en que toca con el pié la cristalina linfa de su corriente. Indeciso delante de tantos primores reunidos á la vez en aquel pintoresco sitio, el viajero no sabe qué admirar ántes, si las montañas que forman el valle, revestidas de una vegetación lozana, ó las vegas del río con sus plantas y flores; si la impetuosidad de la corriente que en su curso nada respeta, ó el atrevido y esbelto puente de bejuco, que sirve allí de medio de comunicación. Este puente endeble, si bien de una forma graciosa, no es colgante como se observa en otros lugares, y particularmente en la América del Sur: es un gran arco formado de troncos y ramas gruesas de árbol, ligados con bejuco; apóyanse en ambas márgenes del río las extremidades del arco, y dos árboles corpulentos las afirman; sus barandillas,

que alejan todo temor de peligro, están formadas de ramas y bejuco entrelazados. Pasado el río, el camino asciende de nuevo por el cerro de Necaxa, que es un importante punto fortificado: el río por el Sur y Oriente rodea este cerro y algunas montañas más elevadas que él, y precipicios y desfiladeros lo limitan por Occidente y Norte: por esta parte son tan considerables los desfiladeros, que el río, perdiendo su nivel, se precipita á una profundidad de más de 130 metros, y forma la bellísima cascada ó salto de Necaxa, que algunos conocen con el nombre de Huauchinango. En este sitio son mas notables los contrastes que el suelo de la República ofrece en otros muchos lugares. El río Necaxa, despues de despeñarse en tan profunda barranca, se abre camino en el fondo de ella, por entre una vegetación enteramente tropical, en tanto que en la elevada mesa, cuya base baña el mismo río, se cultivan las gramíneas propias de las regiones templadas.

En la cumbre del Necaxa existe una fortificación con almacenes y depósitos de agua, y en las montañas inmediatas hay caminos cubiertos; circunstancias todas que convierten en un lugar inexpugnable este punto fortificado; nada extraño es, por tanto, que la historia de la intervención le consagre algunas páginas.



El camino se convierte en un sendero abierto en las fuertes pendientes de las montañas. Desde allí se contempla en toda su grandeza el famoso salto de Necaxa, y los accidentes y detalles de un suelo bello y feraz. El camino desde donde se observa la cascada, es extraordinariamente más elevado que el lugar en que el agua se precipita para formarla. El observador puede contemplar desde allí, la corriente del río antes de precipitarse en el abismo, perder su nivel y desmenuzarse con grande estruendo, dividiendo sus aguas en tres ramales; seguir con la vista y contar las ondulaciones que éstas forman en su caída, y ver desprenderse de lo más profundo de la barranca con un movimiento ascensional el agua en forma de vapor, que envuelve y descubre alternativamente como con una gasa el follaje de las plantas. Si se aparta la vista de aquel espectáculo sorprendente, encuentra, cualquiera que sea el punto á que se dirija, otros tan dignos de admiración, porque en aquellos lugares reina por completo la armonía de la naturaleza; eminencias casi verticales, cuyo pie bañan las aguas, y en cuyas cumbres se extienden fértiles praderas; grietas profundas, y valles en cuyo fondo cruzan las aguas, unas veces tranquilas, y otras en impetuosos torrentes; y en fin, la vegetación tan abundante y espesa que apenas

deja entrever los precipicios. Algunas veces el viajero ve formarse las tempestades bajo sus piés, extenderse las nubes y ocultar como con un velo los primores de la naturaleza, con los que está engalanada aquella cuenca prodigiosa, al mismo tiempo que sobre su cabeza se extiende un cielo puro, límpido y sereno.

La senda conduce al ameno y pintoresco pueblo de Xicotepec, que elevado sobre colinas, en medio de un terreno ligeramente ondulado y cercado de altas eminencias, se le descubre desde el camino en una posición dominante y de las más risueñas: tan pronto la vista se fija en el contorno del pueblo, que se dibuja en su azul y diáfano cielo, tan pronto se recrea con aquellos lomeríos cubiertos de césped de un verde brillante, y en los cuales serpea el agua en cristalinos y delgados hilos.

De Xico el viajero prosigue su camino continuamente por un terreno fragoso y siempre bello y feraz, admirando unas veces los helechos gigantes que se agrupan en las cañadas, y la multitud de plantas y preciosas flores que evidentemente aun no ha clasificado el naturalista, y extasiándose otras con la presencia de aquellas eminencias que forman el espinazo de la Sierra, con sus bases sumergidas en la cristalina linfa de los ríos y con sus cumbres coronadas de nu-



bes, que heridas por los rayos del sol poniente se tiñen de los más vivos y variados colores.

El terreno desciende formando una pendiente rápida, llamada Cuesta de San Márcos ó Cazones. Este río se pasa en tiempo de lluvias por medio de un aparato llamado por los indígenas puente de maroma. Consiste dicho aparato en una cuerda tirante, atada á dos árboles en una y otra margen del río; en la cuerda gira una polea y de esta pende una soga con la cual se asegura el viajero; otras dos cuerdas sirven para batraerla hácia las orillas del río.

Tan impetuosas son en estos lugares las corrientes de los ríos, que no sin inminente riesgo pueden pasarse á nado; solamente los indígenas por su mucha práctica desafían los peligros, viéndoseles con la mayor destreza vencer la fuerte resistencia que el agua les opone.

Pasando el río de Jalapilla, el terreno vuelve á elevarse de nuevo para descender despues; y tan pronto se pasa por el pedregal que rodea al pueblito de San Pedro Patlacotla, como se atraviesa por desfiladeros, ó se camina precisamente por el espinazo de los contrafuertes de la Sierra; tan pronto observa el viajero bajo sus piés un abismo, cómo ve extenderse delante de sí una campiña revestida de abundantes pastos.

Al contemplar desde una de esas alturas domi-

nantes un terreno en extremo accidentado, en el que las enormes grietas y profundas barrancas se suceden continuamente, la imaginacion se esfuerza por descubrir los arcanos de la naturaleza y la época del cataclismo que convirtió aquel suelo en un lugar de tan extraordinaria aspereza; aquella sucesion de eminencias que se extienden hasta el horizonte, pueden compararse á los oleajes del Océano: los trastornos del globo han conmovido aquel suelo, presentándonos en él la imágen viva de un mar agitado por furiosas tempestades.

La vegetacion, á medida que el terreno desciende, adquiere mayor vigor y lozanía: los campos, los árboles y aun las mismas rocas, se cubren de musgo, de líquenes y de lama, brotando en graciosas formas los helechos y otras plantas parásitas. La vainilla, la purga de Jalapa, el café, la caña de azúcar, mil frutas y árboles corpulentos entre cuyo follaje descuella, meciéndose, la esbelta palma real, tales son las principales producciones de aquel suelo privilegiado.

Si á la contemplacion de tantas galas, de tan espléndida naturaleza, se agrega el canto del armonioso zenzontli y el del festivo clarín de la selva, compañeros inseparables del viajero en aquellas soledades; si además de tantos primores naturales se ve éste sorprendido por el salto audaz de un ciervo que por huir de su presencia salva



un precipicio para detenerse despues en airosa postura, y fijar su mirada en aquel que ha causado sus temores, no puede ménos que sentir en su alma las más vivas y gratas emociones.

La naturaleza de estos sitios caracteriza la de toda la República en general; y, sin embargo, cuántos la niegan, tal vez por no haber recorrido sino los lugares estériles, como el Salado, en el valle de México!

En el gran desierto de Sahara, en medio de sus abrasadores arenalas existen aquellos lugares fértiles y amenos que se llaman oasis; el suelo de nuestra República, al contrario, es en toda su extension un oasis, con tal ó cual paraje estéril y desolado.

Si del exámen de la naturaleza se pasa al de los pueblos que habitan tan pintorescas comarcas, las impresiones que el alma recibe son igualmente gratas.

Desde el pueblo de Acaxochitlan hasta el de Xico, es decir, en una extension de 11 leguas, poco más ó ménos, el país está habitado por indios huauchinangos, los cuales, en mi concepto, constituyen una de las razas indígenas más importantes. Los huauchinangos, descendiendo de los antiguos mexicanos, hablan el bello idioma de estos, y en algunos de ellos, he creído reconocer perfectamente caracterizado el tipo azteca,

segun se nos pinta en las obras que tratan de la historia antigua de México.

Los indios huauchinangos son de mediana estatura, fuertes y en lo general bien formados: largo, negro y terso tienen el cabello, y morena la tez. Su aspecto, en atencion al perfil del rostro, se distingue del de los demas indígenas conocidos en el país, tanto cuanto se asemeja al de los habitantes de algunas comarcas asiáticas.

Con respecto á su traje, los huauchinangos todos lo usan idéntico, y se compone de unos calzones blancos y anchos, remangados casi siempre hasta la rodilla, un coton azul de género de lana, un pañuelo á manera de corbata y el sombrero tejido de palma. Sencillos y moralizados en sus costumbres, si algun vicio tienen, es solo el de la embriaguez.

El pueblo de Xico puede considerarse como un punto de la línea divisoria entre los mexicanos y totonacos; desde este punto en adelante, ya se observan en los habitantes algunos rasgos que marcan la diferencia entre ambas razas.

Los totonacos, más dóciles y de mejor carácter que los mexicanos, de Xico en adelante ya presentan en la tez un color mas amarillento, lo que, en mi concepto, proviene de la influencia de la elevada temperatura en que viven, de la humedad del suelo y de su proximidad á las costas.



El traje se diferencia del de los huauchinangos, en el jubon, cuyo tejido forma pequeños cuadros color de café y blancos, distinguiéndose muy particularmente por las pieles de animales que usan á manera de capas: ya más cerca de las costas el traje es todo de lienzo blanco.

Las indias son extraordinariamente dadas al aseo en sus cuerpos y trajes, llegando á ser éstos hasta lujosos algunas veces. Una enagua estrecha llamada *chincue* y un *quichquemel* primorosamente bordado de estambre y sedas de colores, constituyen el traje. No ménos airoso es su peinado: entretejen sus negros y largos cabellos con cintas de colores, y ciñen en seguida sus cabezas con sus bien tejidas trenzas, á manera de corona.

Se engaña todo aquel que pretenda conocer la raza indígena por los desagradables tipos que se presentan en las calles de México ó en sus alrededores: la importancia de esa raza, su verdadero carácter, sus usos y costumbres, deben estudiarse en las fragosidades de las sierras: allí es donde existen pueblos susceptibles de civilización, y allí mismo se pueden conocer los que son incapaces de adquirirla. La sierra de Huauchinango y la sierra alta de Zacualtipan nos presentan pueblos de distinta raza y de diverso carácter: los unos, desconfiados pero dóciles; los otros, des-

confiados igualmente y además pérfidos. En tan corta extension de terreno se presentan dos pueblos de instintos y caracteres diametralmente opuestos; cualidades que aun en sus respectivos idiomas se revelan: dulce y armonioso el uno, áspero y gutural el otro: tales son los mexicanos y otomíes.

Los huauchinangos se ocupan en la labranza, en la pesca y en la cria de ganados, cultivan la caña de azúcar en las pendientes de las montañas, y elaboran panela y aguardiente.

Acontece muy á menudo que el viajero se vea sorprendido en medio de su reposo por los indígenas que acuden á felicitarle, tañendo arpas y otros instrumentos, con los que acompañan sus característicos cantos, ó para ejecutar sus bailes pantomímicos. La música, unas veces lánguida y triste y otras viva y alegre, despierta y embarga la atencion. Ejecutan sus bailes graciosa y hábilmente: el más curioso y notable es el conocido con el nombre del segador, ejecutado únicamente por varones. El que dirige el baile lleva en la mano una rama de *hojite*, mayor que la de los demás, y con ella indica las figuras que han de ir haciendo los danzantes. Colócanse estos simétricamente, y á la primer señal empieza el baile: ora se les ve ejecutar figuras complicadas, siguiendo y marcando á



compás con las plantas de los piés, los sonidos de la música, ora se les ve imitar las evoluciones del segador: por último, á la señal dada por el director, cambian repentinamente la figura, de manera que los que se encuentran diametralmente opuestos, se dirigen al encuentro uno del otro, dándose con el hombro como para imprimir al cuerpo un movimiento giratorio y cambiar de posición.

Dáse fin á la danza, ejecutando la misma figura que la cadena de nuestras cuadrillas, pero de una manera más graciosa, pues jamás abandonan el compás de la música ni los movimientos con que imitan al segador. En algunos lugares, al ejecutar estas últimas evoluciones, van entretejiendo los listones de diferentes colores que cada cual lleva en la mano, de lo que resulta una vistosísima labor.

En sus fiestas públicas, en sus simulacros de guerra, en sus juegos y aun en sus actos religiosos, estos indios conservan sus antiguas tradiciones; mas un inveterado temor hácia las personas civilizadas les comunica cierta reserva y desconfianza.

Tales son, en compendio, los principales caracteres distintivos de ese pueblo que habita uno de los más bellos lugares de la República.

¡Cuán inmensas serian las ventajas que la nación pudiera obtener, si se aprovechase de las extensas tierras baldías de las comarcas que he descrito, y si se procurase la instruccion de un pueblo tan susceptible de adquirir un alto grado de civilizacion!

México, Noviembre 18 de 1871.